

Reseñas

J. Antonio Mayorga, *Gonismo. Discurso y poder*, FACES-CERES, Cochabamba, 1996, 175 pp.

EL PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN POLÍTICA en Bolivia, que se inicia en 1978 y adquiere relativa institucionalización en 1985, se manifiesta tanto por la puesta en acción de un método de cambio de gobierno, como por una transformación en los procedimientos de toma de decisiones de carácter público.

Se ha sustituido un sistema de mediación centrado en organizaciones corporativas como la COB (Central Obrera Boliviana) y las FFAA, por otro que privilegia a los partidos políticos y, paulatinamente, se está remplazando la lógica de enfrentamiento —hiperbolizada como lógica de “guerra”— que se expresaba en acciones de hecho por una de negociación o de pacto. Por otra parte, la coincidencia del agotamiento del ciclo del nacionalismo revolucionario con la instauración democrática ha dado lugar a una renovación de los liderazgos políticos.

Los cambios de actores, de institucionalidad y de procedimientos de toma de decisiones, se corresponden con importantes transformaciones en la cultura política, así como en los regímenes discursivos en que los protagonistas del juego político enuncian sus pretensiones de legitimidad y poder. *Gonismo. Discurso y poder*, resultado de una acuciosa investigación realizada por Antonio Mayorga, se inscribe en el esfuerzo que la comunidad de científicos sociales está desplegando por conocer, en su compleja dimensión discursiva, las particularidades del desenvolvimiento de la política boliviana en tiempos de democracia.

El libro presenta dos importantes novedades: una, de carácter teórico, que consiste en abordar los procesos políticos, en particular su puesta en escena, desde una perspectiva hasta ahora inédita en las ciencias sociales bolivianas; la otra, de carácter objetual, es el estudio en profundidad del desempeño de un nuevo y fundamental actor político boliviano.

Mayorga construye su referente teórico articulando, Habermas mediante, la pragmática o filosofía analítica del lenguaje desarrollada por el “segundo” Wittgenstein (complementada por Austin y Searle), con la teoría comprensiva de la acción elaborada por Weber. La pertinencia de este enfoque para el análisis de los discursos políticos resulta de constatar que la interacción lingüísticamente mediada, pese a derivar su significación de la puesta en acción de una red intersubjetiva que sirve de soporte a los juegos del lenguaje, no implica *per se* que los actores sostengan un diálogo fluido orientado al entendimiento, en el que impere la fuerza del argumento más lúcido.

Por el contrario, ese tejido intersubjetivo, compuesto de elementos culturales, sociales y de la personalidad que, al articularse, delimitan las competencias comuni-

cativas de los agentes y —Foucault problemáticamente inserto en el marco teórico— el régimen de verdad imperante, puede ser movilizado por éstos con fines particularistas. El ejercicio de acciones estratégicas —en términos de acciones medios-fines egocéntricamente definidos—, propias del juego político, no puede desarrollarse eludiendo las mediaciones del lenguaje, esto es, al margen de regulaciones y sentidos intersubjetivamente anclados.

El análisis de la capacidad que tienen los agentes para movilizar esos juegos del lenguaje con el fin de ejercer influencia sobre la conducta de los otros con propósitos de dominación y no de entendimiento, desde la perspectiva teórica asumida, lleva al autor a prestar atención a su *performance*. Parte de la premisa, básica en la filosofía del lenguaje, de que el sentido —y eficacia— de los discursos está en su uso —en los actos de habla— y no se deriva de estructuras abstractas y menos aún de las intenciones de agentes que proyectan sobre el mundo su subjetividad trascendente, como postulan el estructuralismo y la fenomenología, respectivamente.

Pues bien, es este aparato teórico —fragmentario y provisional, como aquella escalera de Wittgenstein o como la caja de herramientas de Foucault—, expuesto en el primer capítulo, el que sirve de guía a Mayorga en el minucioso estudio de cómo se constituye y desenvuelve un nuevo actor político boliviano: el gonismo, personificado en su líder, Gonzalo Sánchez de Losada (Goni). La hipótesis central del libro es que el éxito de su discurso en la política boliviana se debe a su capacidad para aprehender más y mejor y más rápido y más frecuentemente los nudos discursivos que subyacen a la red intersubjetiva imperante en la política boliviana desde finales de los años setenta: el (neo)liberalismo.

Siguiendo hallazgos ampliamente aceptados por la comunidad de analistas locales, el autor señala que ese juego del lenguaje, que en lo político postula la democracia electoral (con actores como los partidos y la ciudadanía), y en lo económico el libre mercado (cuyo actor fundamental es el empresario), se ha constituido mediante un largo proceso que tiene su correlato en la gradual erosión del discurso previamente ineludible del nacionalismo revolucionario. Su estatuto hegemónico es fruto de dos momentos constitutivos recientes (aquí, la influencia zavaletiana es evidente): uno, aquel de las masas en noviembre (1979); otro, la puesta en marcha de la NPE, luego del estrepitoso fracaso del mayor frente de izquierda que llegó a gobernar el país, la UDP (Unión Democrática y Popular, 1982-1985).

Corresponde situar aquí uno de los aportes importantes de *Gonismo. Discurso y poder*. Si bien el estudio de las transformaciones políticas, sociales y —sobre todo— económicas provocadas por la dictación de la NPE (nueva política económica) en 1985 motivaron a repensar el país desde la izquierda y la derecha, poca atención se había prestado a lo que podríamos llamar “la puesta en escena” del plan de transformación económica y política boliviana, puesto en ejecución por el MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario, 1985-1989).

El libro que reseñamos contribuye a llenar el vacío que existía en el análisis en profundidad de la *performance* política de los principales ejecutores de la NPE, la cual

hasta ahora había sido abordada sólo en algunos ensayos exploratorios (Carlos Mesa y Fernando Mayorga). Antonio Mayorga se concentra, entonces, en el análisis de la pragmática del discurso de uno de los actores que demostró ser el más exitoso en la puesta en acción del juego de lenguaje dominante, en tres dimensiones: las condiciones de su producción o sus posibilidades de existencia, el mensaje en su forma y contenido, y las condiciones y grado de recepción o efectividad.

El momento histórico en el que se sitúa el análisis (1985-1989) permite además, leyendo entre líneas, conocer el particular funcionamiento de las elecciones como método de recambio político en Bolivia, prestando atención a las redes institucionales y el desempeño de los actores inmersos en éstas. De los análisis del golpe de Estado (del cual Zavaleta nos ofrece un brillante ejemplo en su libro *La caída del MNR*, publicado póstumamente), poco a poco avanzamos en el análisis del *modus operandi* de los procesos electorales. En *Gonismo. Discurso y poder*, el análisis se concentra en las luchas simbólicas que se libran en los escenarios —a veces siniestros— del poder en la época democrática.

Resaltando la importancia que tiene la dimensión carismática en el juego democrático, ausculta los recursos escénicos, la puesta en acto, el lenguaje y los recursos retóricos que hacen posible al gonismo legitimar sus pretensiones de poder, mediante la persuasión de la ciudadanía (tanto en el proceso electoral como durante el ejercicio del poder). Mayorga analiza cómo el gonismo gana espacio dentro de su propio partido, el MNR, así como en el sistema político boliviano, a través de un novedoso uso de la ironía (recurso al que, si seguimos a Zavaleta, era afecto también el viejo líder Paz Estenssoro), como forma elegante de descalificación del adversario, así como del retruécano, la metáfora ingeniosa y a veces “temprana”, etc., de los cuales nos ofrece exquisitos ejemplos. El autor muestra que todos estos recursos, de alguna manera presentes siempre en las luchas simbólicas de la política boliviana, adquieren un matiz inédito en el discurso de Goni, mediante un extendido uso de un refinado sentido del humor. Este elemento permite, a diferencia del discurso solemne que tradicionalmente ha empleado la clase política, una permanente desdramatización del agón político.

Goni, bajo su acento y sintaxis a menudo bárbaros, muestra gran ingenio retórico. Se señala incluso que esas particularidades lingüísticas —las cuales, aunque el autor no lo señala, no han sido ridiculizadas, como las de Max Fernández, por algunos académicos “modernistas”, pero sí por Palenque, para atribuir una postura imperialista a su portador—, son explotadas por Goni como recurso simbólico, ya que son signo de prestigio entre la clase media que, de alguna manera, quisiera hablar como él. Así, al capital simbólico que se deriva de su tan largo apellido, de su tez blanca, de su formación académica y de su posición social, se suma el de su acento y su ingenio. Su estilo es más efectivo —por lo menos entre las clases medias, como demuestra el análisis de las votaciones que realiza Mayorga— que el imposible humor de Banzer o Max Fernández, que lo grotesco en Palenque, que la insolencia inocua del siempre joven Paz Zamora.

El libro muestra cómo estos recursos permiten al discurso del gonismo imponerse en la lucha simbólica, en un proceso creciente de automonitoreo realizado por un novedoso y extendido uso de encuestas de opinión, construcción de imagen y difusión televisiva. También estudia la “lógica de diferenciación” y construcción de identidades políticas a las que sirve esa capacidad para usar mejor y más rápido y más frecuentemente el discurso dominante.

Con el fin de señalar las particularidades del hombre y el programa que lo distingue de los liderazgos y proyectos opositores, esa habilidad retórica busca movilizar, contraponiéndolos, valores como la capacidad técnica y las cualidades morales; la razón frente a la pasión, la técnica frente a la voluntad. La política es, para Goni, una cuestión de conocimiento racional, y no de buena voluntad y menos de fe (laicización de la política), de pragmatismo y no de dogma. Por eso define a su partido como de centro radical y a su visión como tecnocrática y autocrítica. Así, Goni personifica el remplazo de los liderazgos mesiánicos por el de los técnicos.

El análisis de Antonio Mayorga amplía nuestro conocimiento de los discursos políticos, en tanto se suma a aquellos que centran sus explicaciones en el predominio de ciertas categorías específicas, como las parejas nación/revolución y democracia/mercado. Nos muestra la importancia de identificar no sólo esas categorías hegemónicas, sino también de analizar el modo en que se utilizan (decir mejor y más rápido y más frecuentemente): estudia la utilidad política marginal que resulta de las formas y condiciones de enunciación de un mismo mensaje (contenido que es dicho por todos, pero de manera menos efectiva).

Así, nos permite avanzar en el conocimiento de los recursos performativos, en su despliegue dramático, de los políticos bolivianos. Contribuye, por tanto, a ampliar nuestra comprensión del mapa discursivo vigente en la política boliviana, tal como lo hicieron los aportes de Rafael Archondo (en “Compadres al micrófono”) y Fernando Mayorga (en “La política del silencio” y “Discurso y política”), así como de Luis H. Antezana (“Sistemas y procesos ideológicos en Bolivia”) y Xavier Sanjinés (“Literatura y grotesco social en Bolivia”). Complementa, asimismo, los análisis institucionales sobre el funcionamiento democrático que se han realizado en los últimos años (sobre todo por René Mayorga y Eduardo Gamarra).

Una tarea que es necesario proseguir, a la luz de este *corpus* analítico, es el estudio del conjunto de los discursos políticos operantes en el régimen democrático. Ese ejercicio podría ampliar nuestro grado de comprensión del problema, al confrontar las variopintas manifestaciones que adquiere en la enunciación que realizan los diversos actores, la forma y consecuencias en que esos discursos particulares son producidos y producen sus contradiscursos, al contraponerse mediante enfrentamiento o cooptación. Una actualización del análisis del discurso del gonismo requiere, por ejemplo, su análisis en contrapunto con las voces del llamado neopopulismo de CONDEPA (Conciencia de Patria; partido neo-post-populista).

Ello nos ayudaría a entender por qué, pese a que el gonismo se hace prácticamente hegemónico en lo económico (en tanto todos los partidos, sin excepción,

deben aplicar medidas similares cuando se hallan en el poder, a contrapelo de sus ofertas electorales), se ve obligado a nutrirse —y mover sus fichas— de su contradiscurso: el discurso “neopopulista”. Saber, en fin, por qué Goni —la cabeza— requirió de Víctor Hugo Cárdenas —el corazón—; por qué, emponchado y con chullu, participó en un acto de “recepción” del poder por parte de los jilakatas en un ritual aymara realizado en el coliseo cerrado de La Paz; por qué bailó, acompañado por Menem y dos falsas cholas, una cueca en los salones del palacio. Por supuesto, también nos ayudaría a entender por qué Jaime Paz se vistió, y vistió a Felipe González, con el atuendo de un jilakata aymara, etcétera.

En suma, *Gonismo. Discurso y poder* es una fundamental contribución para avanzar en la comprensión de la agonística simbólica que sostienen los protagonistas de la política boliviana en democracia, sean gonistas, antagonistas o agonizantes.

Sergio Villena Fiengo